

16 Mayo 77

GALERÍA BIOGRÁFICO-FOTOGRAFICA.

EL  
**Episcopado Español**

BIOGRAFÍAS

DE LOS ESCLARECIDOS PRELADOS QUE DESDE EL AÑO 1876 HASTA LA FECHA HAN VENIDO OCUPANDO LAS DIÓCESIS DE ESPAÑA.

CON UN DISCURSO SOBRE LA HISTORIA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN NUESTRA PATRIA,

por D. P. H.

OBRA DE LUJO ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS RETRATOS FOTOGRAFICOS

Por D. L. R. y D.

PUBLICADA

Dedicada á Nuestro Santísimo Padre el inmortal Pío IX,

por

D. JOSÉ SALVADÓ.

CON CENSURA Y APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



BARCELONA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LUIS TASSO, HIJO.

CALLE DEL ARCO DEL TEATRO, NÚMEROS 21 Y 23.

MDCCLXXVII.

2460

CUADERNO 2.º DE 3 ENTREGAS.



GALERÍA BIOGRÁFICO-FOTOGRAFICA.

# EL EPISCOPADO ESPAÑOL

BIOGRAFÍAS

DE LOS ESCLARECIDOS PRELADOS QUE DESDE EL AÑO 1876 HASTA LA FECHA HAN VENIDO OCUPANDO LAS DIÓCESIS DE ESPAÑA,  
CON UN DISCURSO SOBRE LA HISTORIA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN NUESTRA PATRIA,

POR

D. P. H.

OBRA DE LUJO ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS RETRATOS FOTOGRAFICOS

POR

D. L. R. Y D.

PUBLICADA

y

*Dedicada á Nuestro Santísimo Padre el inmortal Pio IX.*

POR

D. JOSÉ SALVADÓ.

CON CENSURA Y APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

## PROSPECTO.

**H**ORA que la sociedad, sin freno en sus ímpetus, sin vacilacion en sus determinaciones, se agita en la plenitud de sus fuerzas, es más que nunca preciso levantar faros salvadores, para que ella en el vértigo de su carrera, en vez de enderezar los pasos á las altas cimas del verdadero progreso, no los tuerza, atraida por engañosos espejismos, hácia los antros donde toda vida es fiebre, todo ideal error, todo bien amargura.

Seducido el hombre por el himno del orgullo que á su oido sin cesar le cantan tentadoras sirenas, endiosado por desmedida presuncion al ver en sus manos el talisman de la ciencia, merced al cual, forzando la naturaleza á que le revele sus más recónditos secretos, encierra en sus telescopios el luminoso disco de los soles, ata con ténues alambres el rayo, esculpe con el molde de la imprenta sus ideas en el frontispicio de la inmortalidad, y con el humo que resuella en las máquinas, y estalla en las minas, domeña las olas, hiende los aires, borra los montes, y mezcla los mares, júzgase ¡iluso! bastante con sus solas fuerzas para encontrar la savia eterna de la vida que léjos de las tristísimas sombras de este mundo resplandece.

*José Salvadó*

La Religion Cristiana, regeneradora de la humanidad, predicando que todo saber y toda virtud vienen de Dios, confunde y condena este delirante orgullo. Y hé aquí porque no obstante de haber ella levantado á la conciencia de las plantas de los Césares, de haberla dado en sus divinos moldes formas de purísima belleza, de haberla iluminado con la luz de su sublime doctrina, y de haberla redimido de las cadenas del error y el odio y de la infame servidumbre del pecado, se ve hoy asaetada con las invectivas de la calumnia que la moteja de irreconciliable adversaria de todo progreso y ciencia.

Empero la voz de los siglos que grita en las páginas de la historia, protestando contra aquellas groseras acusaciones, reivindica las glorias de la Religion, demostrando que no es España, que desde el fondo de mísera abyeccion se levantó en alas de la fé hasta aprisionar el Sol en el áureo disco de la corona de sus Reyes, y ensanchar el mundo para que sus héroes tuviesen palenque digno de su aliento, y campo donde pudiese brotar laurel bastante á sus innumerables proezas, la nacion ménos deudora de lustre, fama y grandeza á la Iglesia Católica.

La influencia civilizadora del Cristianismo en nuestra patria, tan elocuentemente probada por las crónicas, la tradicion, y los monumentos maravillosos que se levantaron iluminados con los primeros resplandores del arte, sin embargo de no haber podido ser desconocida por la más apasionada crítica, es hoy tenida como nula é ineficaz por algunos que, enamorados de exóticos sistemas, tildan la sublime sencillez de la moral evangélica de vulgar, imperfecta é insuficiente para responder á las necesidades de la Sociedad que desde las alturas de los nuevos tiempos, dicen, demanda el calor de Sol más poderoso que la vivifique.

Basta esponer hechos, para dejar evidenciado que el Cristianismo es hoy, como era ayer, y como será siempre, la piedra angular de la Sociedad; y que la virtud, y la ciencia siguen brillando en el Santuario Católico, como resplandecientes lámparas de intensísima claridad.

La reseña histórica que en forma de estenso discurso ponemos en nuestra obra «EL EPISCOPADO ESPAÑOL», es la enumeracion de la suma de bienes que por el Cristianismo reportara España á través de tempestuosos siglos; y las biografías de los Prelados que en la misma publicamos, es la prueba más convincente é irrefragable de que la Iglesia Católica sigue siendo en nuestra patria foco de luz purísima que filtra á través de las sombras llevando sus resplandores á los más ocultos senos de la sociedad.

En efecto; si ayer la Iglesia de España convocaba la victoria para que cobijara la frente de Pelayo y S. Fernando; si con sus augustos concilios salvaba las tablas del derecho que flotaban destrozadas en aquel pavoroso naufragio levantado por las iras de los bárbaros, modelaba la sociedad en las doctrinas de la moral cristiana, armonizaba los poderes recelosos, y robustecia las instituciones vacilantes; y en el retiro de los claustros y las universidades, al calor de su alma, resucitaba la ciencia helada por el mortífero hierro de la universal anarquía, hoy los Prelados que gobiernan esta misma Iglesia, perpetuan aquellas altísimas glorias acudiendo cabe el lecho del dolor á enjugar lágrimas y derramar consuelos; predicando mansedumbre á los poderosos y resignacion á los desvalidos; poniendo su vida al servicio de la caridad; subiendo al púlpito á difundir la luz de la ver-

dad en las conciencias, y á la tribuna á grabar con letras de fuego la cruz del Cristiano en la frente del siglo; yendo al Vaticano á inmortalizar su nombre con el asombro de su saber; sondando desde la cátedra los arcanos más indescifrables de la ciencia; archivando en imperecederos libros sus portentosas ideas, y conquistándose el aplauso y la admiracion de la patria que con su fama glorifican, y del siglo que con su saber ilustran.

A tanta gloria desconocida no cabe mostrarse ingratos. En estos tiempos en que se deifican ídolos de barro, y se pregonan con aclamacion entusiasta hechos que no trascienden más allá de la vida de un dia, creemos de alta justicia y evidente oportunidad la publicacion de nuestra obra, como un monumento levantado á la Religion que tanta gloria ha derramado sobre España.

Apreciando la medida de nuestras fuerzas, hubiéramos desistido del intento concebido, si autorizadísimos consejos por una parte, y por otra el grado de celo entusiasta que nos posee, no nos hubiesen avivado hasta el punto de parecernos el colosal trabajo, tarea amena, y los costosísimos desembolsos, deuda sagrada.

Obra que tales y tan altos fines entraña, demandaba imperiosamente bases fortísimas que le diesen inquebrantable apoyo y proteccion suprema. Creímonos rigurosamente obligados, pues, á dedicar «EL EPISCOPADO ESPAÑOL» al que siendo sucesor de S. Pedro y cabeza visible del Cristianismo en la tierra, es padre y príncipe de Obispos y supremo gefe de las Iglesias que dan culto al purísimo dogma de la Religion Católica. Y el inmortal Pio IX llevando más allá del límite de nuestras piadosamente ambiciosas esperanzas su paternal benevolencia, no solo nos alentó en nuestra empresa, sino que se ha dignado honrar la obra aceptando su dedicatoria, bendiciéndola cariñosamente, y encabezándola con evangélicas frases, que, constituyendo inestimable autógrafo, avaloran sus páginas más que todas las preseas del arte en ellas pródigamente esparcidas.

La obra pues que con tan augusto sello publicamos, no solo por su espíritu cristiano es recomendable, sino que á mayor abundamiento la aquilatan sus excelentes é insuperables condiciones materiales. Cuanto tienda á poner de relieve la importancia beneficosa del Cristianismo en nuestra patria, será objeto de estudio en el discurso histórico que encabeza la obra; así como cuanto convenga para dar exacta idea de las virtudes, servicios, ciencia y merecimientos de los prelados que ocupan las sillas pastorales de España, tendrá ancha cabida en las biografías, que son sin duda las más abundantes, completas y fieles de cuantas de dichos prelados se han publicado.

El arte tipográfico por su parte ha agotado en esta publicacion todos sus primores, y los artistas de más valía han fatigado su inspiracion ilustrándola con sus lápices y sus buriles, como es de ver en las alegóricas viñetas y delicadísimos dibujos que contiene.

No regateando gasto ni sacrificio de ninguna clase hemos conseguido poder ofrecer todos los sellos pastorales que particularmente usan nuestros actuales prelados, como asimismo los escudos de todas las diócesis españolas; sellos y escudos que, formando rica y singular coleccion de patente mérito, irán respectivamente al principio y al final de las biografías de sus correspondientes prelados.

Acompañarán el testo de la obra preciosísimos retratos fotográficos sacados

con exactitud maravillosa de todos los prelados cuyas vidas se reseñan; y del mérito de estas láminas, como del valor literario de la obra, no hemos de decir una palabra por ser uno y otro sobradamente manifiestos.

En una palabra, creemos que «EL EPISCOPADO ESPAÑOL» por sus fines y condiciones hace redundante toda recomendación, pues de otra suerte parecería que dudásemos de la piedad é ilustración de cuantos examinen la obra, ya que ella lleva en sí misma su mayor abono y alabanza.

---

## CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

---

EL EPISCOPADO ESPAÑOL se publicará por cuadernos de tres entregas repartiéndose uno semanalmente. Cada entrega constará de ocho páginas orladas artísticamente, impresas á dos tintas, y del tamaño, tipo de letra y clase de papel que se observa en el presente prospecto.

Acompañará el texto de cada cuaderno una magnífica lámina fotográfica de los retratos de nuestros ilustres Prelados.

Cada lámina fotográfica equivaldrá á una entrega. En los cuadernos que no se reparta lámina se suplirá con el aumento de una entrega de texto.

El número de láminas fotográficas que ilustrará la obra será el de diez y seis á diez y ocho, que juntas contendrán los retratos de todo el Episcopado Español.

Acompañará el primer cuaderno un preciosísimo retrato de Su Santidad el papa Pio IX rodeado de una rica orla alegórica con los escudos de las Metrópolis y los nombres de todos los obispos de España.

Así mismo enriquecerá el segundo cuaderno el autógrafo que Su Santidad se dignó estampar al frente de la obra en el acto de aceptar la dedicatoria de la misma.

Ilustrarán el texto elegantísimas y alegóricas viñetas debidas á nuestros más reputados artistas nacionales.

Al principio de cada biografía irán artísticamente combinados los sellos particulares de nuestros actuales Prelados, y al final de las mismas los respectivos escudos de las ciudades donde aquellos tienen sus sillas pastorales.

La obra constará de unos veinte cuadernos de tres entregas.

Apesar de los inmensos gastos ocasionados por la magnificencia y riqueza de esta publicación monumental, el precio será únicamente el de

**¡20 reales vellon!**

cada CUADERNO de tres entregas.

---

## PUNTOS DE SUSCRICION.

---

EN MADRID: D. Juan Ulled, Fomento, 36, 2.º

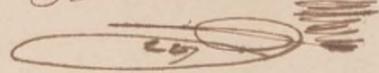
EN BARCELONA: En la librería religiosa de la Sra. Viuda Plá, calle de la Princesa, n.º 8.—En la de la Sra. Viuda é hijos de J. Subirana, Puertaferri, 16, y en todas las demás librerías y centros de suscripción.

EN PROVINCIAS, AMÉRICA Y ESTRANJERO en casa de nuestros corresponsales, ó bien dirigirse á esta Administración, establecida en la calle de la Princesa, n.º 40.

*Rev. Sr. D. D. 0664039*

EL  
EPISCOPADO ESPAÑOL.

---

*José Salvado*  




Pio IX Pontif. Max.

El  
Episcopado español.

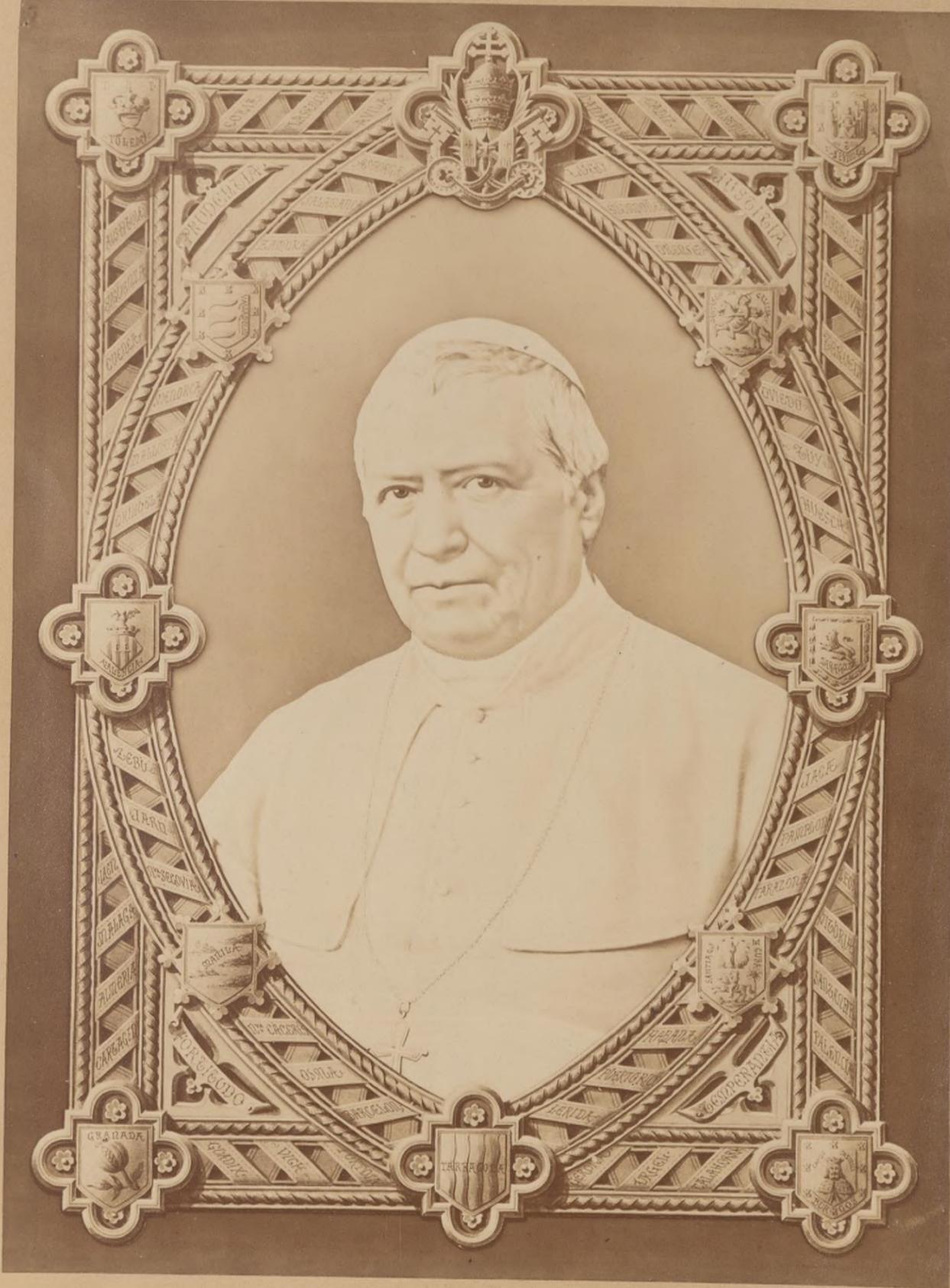


13

Историческое описание



Pio IX Pontif. Max.



José Salvado  
*[Signature]*



El  
Episcopado español.



Reproducción por el Sr. [illegible] de [illegible] de [illegible] de [illegible]

[illegible signature]

13

Historia de Espana



Tejus Christus Dominus sic te Dixit et hunc te te ad omnia te

Ab otolerim imitandus = Venita propa da

Secum Voff pu' p'p'atoris hominum

P. M. M.

José Salvado

Autógrafo puesto por Su Santidad al frente de esta obra al aceptar su dedicatoria.



GALERÍA BIOGRÁFICO-FOTOGRAFICA.

EL  
EPISCOPADO ESPAÑOL  
BIOGRAFÍAS

DE LOS ESCLARECIDOS PRELADOS QUE DESDE EL AÑO 1876 HASTA LA FECHA HAN VENIDO OCUPANDO LAS DIÓCESIS DE ESPAÑA,

CON UN DISCURSO SOBRE LA HISTORIA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN NUESTRA PATRIA,

por **D. P. H.**

OBRA DE LUJO ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS RETRATOS FOTOGRAFICOS

Por D. L. R. y D.

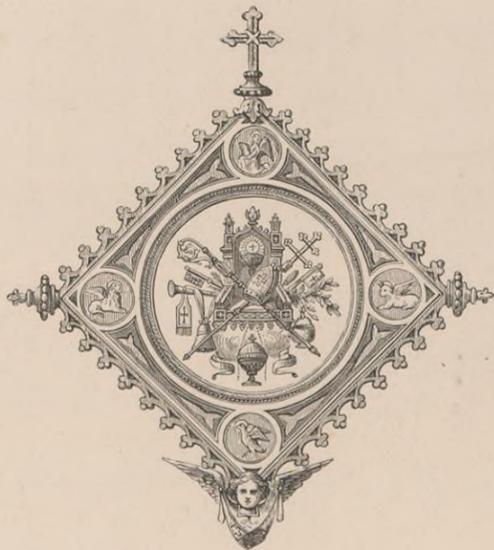
PUBLICADA Y DEDICADA

**À N. S. PADRE EL INMORTAL PIO IX,**

POR

D. JOSÉ SALVADÓ.

CON CENSURA Y APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



BARCELONA:

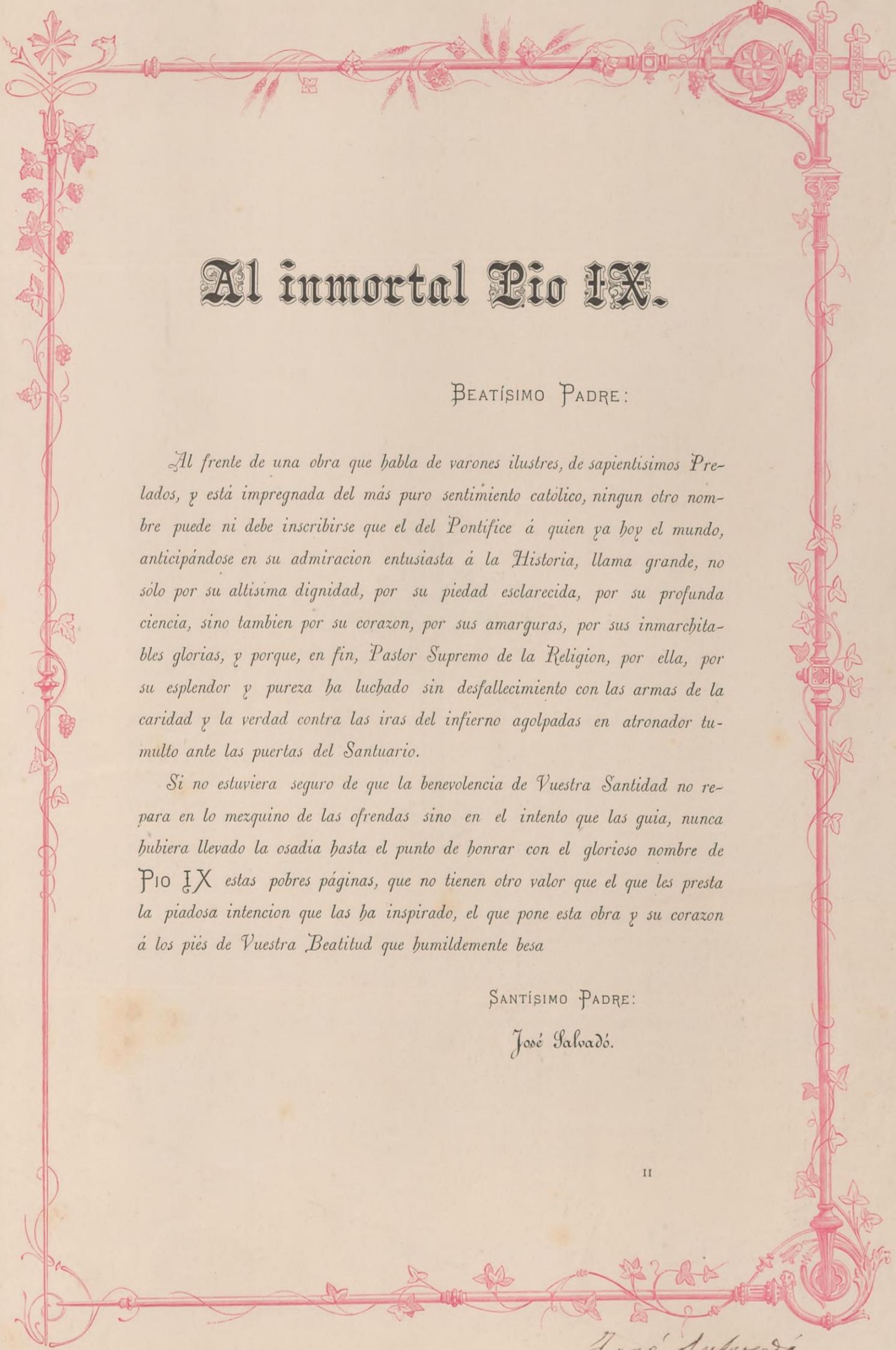
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LUIS TASSO, HIJO.

CALLE DEL ARCO DEL TEATRO, NÚMEROS 21 Y 23.

MDCCCLXXVII.

*José Salvadó*

ES PROPIEDAD.



## Al inmortal Pío IX.

BEATÍSIMO PADRE:

*Al frente de una obra que habla de varones ilustres, de sapientísimos Prelados, y está impregnada del más puro sentimiento católico, ningún otro nombre puede ni debe inscribirse que el del Pontífice á quien ya hoy el mundo, anticipándose en su admiración entusiasta á la Historia, llama grande, no sólo por su altísima dignidad, por su piedad esclarecida, por su profunda ciencia, sino también por su corazón, por sus amarguras, por sus inmarchitables glorias, y porque, en fin, Pastor Supremo de la Religión, por ella, por su esplendor y pureza ha luchado sin desfallecimiento con las armas de la caridad y la verdad contra las iras del infierno agolpadas en atronador tumulto ante las puertas del Santuario.*

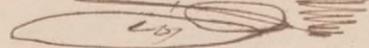
*Si no estuviera seguro de que la benevolencia de Vuestra Santidad no repara en lo mezquino de las ofrendas sino en el intento que las guía, nunca hubiera llevado la osadía hasta el punto de honrar con el glorioso nombre de Pío IX estas pobres páginas, que no tienen otro valor que el que les presta la piadosa intención que las ha inspirado, el que pone esta obra y su corazón á los pies de Vuestra Beatitud que humildemente besa*

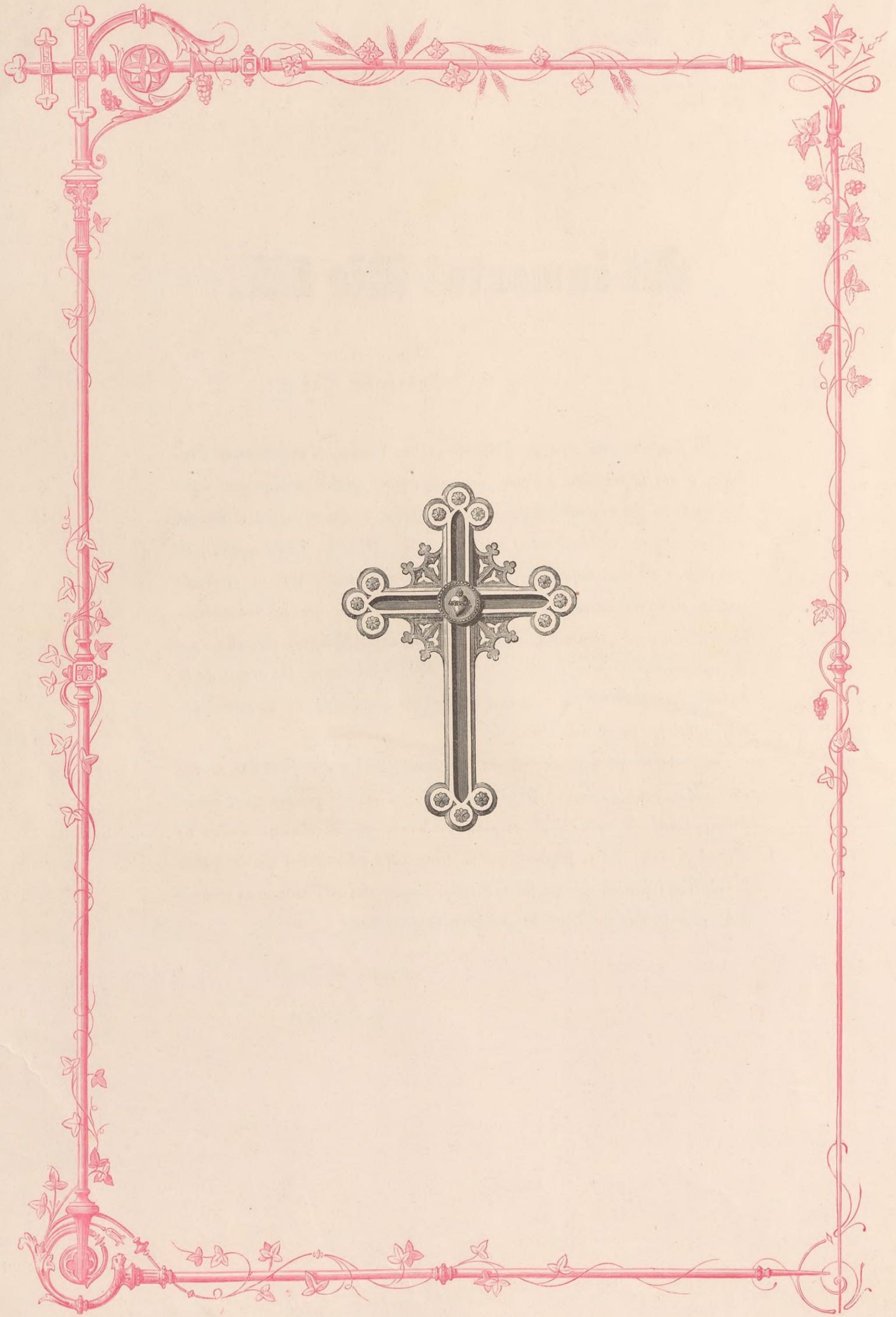
SANTÍSIMO PADRE:

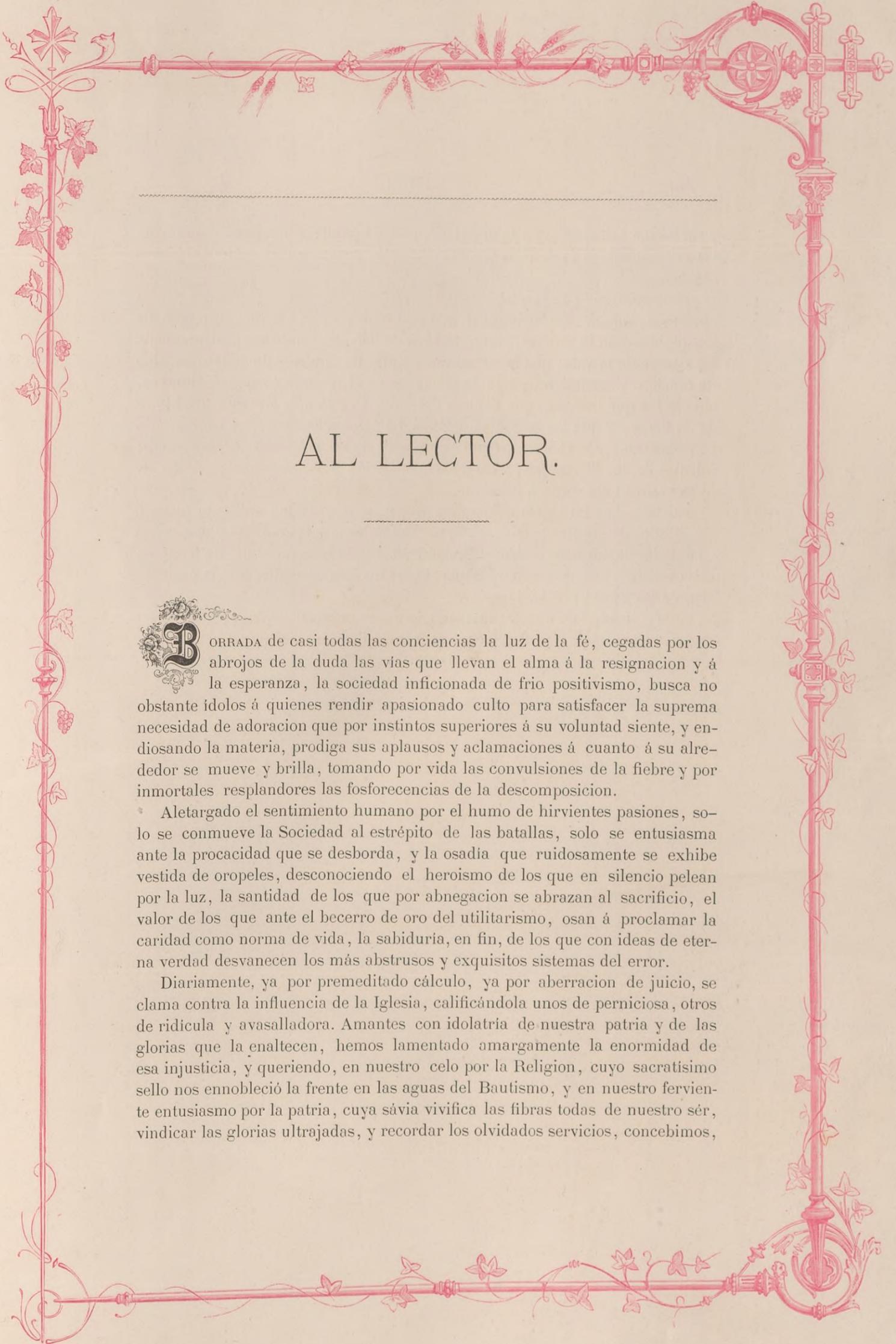
José Salvadó.

II

*José Salvadó*







---

## AL LECTOR.

---

**B**ORRADA de casi todas las conciencias la luz de la fé, cegadas por los abrojos de la duda las vías que llevan el alma á la resignacion y á la esperanza, la sociedad inficionada de frio positivismo, busca no obstante ídolos á quienes rendir apasionado culto para satisfacer la suprema necesidad de adoracion que por instintos superiores á su voluntad siente, y endiosando la materia, prodiga sus aplausos y aclamaciones á cuanto á su alrededor se mueve y brilla, tomando por vida las convulsiones de la fiebre y por inmortales resplandores las fosforecencias de la descomposicion.

Aletargado el sentimiento humano por el humo de hirvientes pasiones, solo se conmueve la Sociedad al estrépito de las batallas, solo se entusiasma ante la procacidad que se desborda, y la osadía que ruidosamente se exhibe vestida de oropes, desconociendo el heroismo de los que en silencio pelean por la luz, la santidad de los que por abnegacion se abrazan al sacrificio, el valor de los que ante el becerro de oro del utilitarismo, osan á proclamar la caridad como norma de vida, la sabiduría, en fin, de los que con ideas de eterna verdad desvanecen los más abstrusos y exquisitos sistemas del error.

Diariamente, ya por premeditado cálculo, ya por aberracion de juicio, se clama contra la influencia de la Iglesia, calificándola unos de perniciosa, otros de ridícula y avasalladora. Amantes con idolatría de nuestra patria y de las glorias que la enaltecen, hemos lamentado amargamente la enormidad de esa injusticia, y queriendo, en nuestro celo por la Religion, cuyo sacratísimo sello nos ennobleció la frente en las aguas del Bautismo, y en nuestro ferviente entusiasmo por la patria, cuya sávia vivifica las fibras todas de nuestro sér, vindicar las glorias ultrajadas, y recordar los olvidados servicios, concebimos,

y sin tregua trabajamos en la difícil empresa de publicar una obra monumental encaminada á evidenciar con sencilla elocuencia aquellos laudabilísimos objetos.

Toda obra que tienda á probar que el valor casi nunca se encuentra en los opresores, sino en los oprimidos; que el heroísmo no es solo patrimonio de los que desafían la muerte, sino más bien de los que combaten pacientemente los rigores de la vida; que la virtud no se nutre de sangre y de aplausos, sino de oración y sufrimiento; que la gloria no es el relámpago que deslumbra, sino la luz que ilumina; que la cima del Calvario está más alta que los tronos de la tierra, y que las sencillas páginas del Evangelio son más santas, más consoladoras, más elocuentes que las arengas de los tribunos, los desprendimientos de los filántropos, y las doctrinas de los filósofos, es obra digna de aprecio para todo corazón cristiano.

Nosotros que tal objeto nos hemos propuesto reseñando primero la historia eclesiástica de nuestra patria, y enumerando después los méritos y relevantes cualidades de nuestros católicos Prelados, creemos que no se ha de tener en ménos estima nuestros esfuerzos que si los hubiésemos dedicado á la celebración de profanas glorias.

Si la poquedad de nuestra inteligencia no es merecedora de aplauso, estamos convencidos de que al ménos lo será la cristiana intención que nos inspira.

Barcelona 19 de Marzo de 1877.



# DISCURSO

SOBRE LA

## HISTORIA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN ESPAÑA.

La Religión alma de las sociedades.—La Religión se impone al hombre por el raciocinio, el sentimiento y la naturaleza.—Sociedades idólatras.—Su ruina.—El Cristianismo.—Su influencia en España.—Bellezas del Cristianismo.—Plan del discurso.



El sentimiento religioso es innato en el corazón humano. La idea de un Ser Supremo, misterioso generador y ordenador único del universo, se impone á todas las conciencias por tupidas que sean las tinieblas que las envuelvan. Al contemplar la naturaleza tan constante en sus leyes, tan varia en sus manifestaciones, tan inescrutable en sus secretos, pródiga madre, que desgarrá su seno para ofrecer á todos el manantial de la vida; al admirarla en las auroras que recaman de purpúreos matices los horizontes, en las noches que bordan y escarchan de temblorosas estrellas el manto de los cielos, en las

III

*José Salvador*

olas que ceñidas de perlas murmuran rodando por la playa, en el volcan que brama en las entrañas del monte, en la tempestad que ruga y centellea desmelenada por el espacio, en las brisas que arrullan, en las aves que gorgean, y en las flores que perfuman; no hay ojos tan faltos de luz, ni inteligencias tan escasas de vida, que no vean y sientan pasar, fecundando, desde el Sol que calienta los mundos con su ígnea mirada, hasta la luciérnaga que se esconde tímida bajo la menuda yerba de los campos, el omnipotente hálito del Eterno (1).

Si el alma que, teniendo pegadas las luminosas alas en el barro de la vida, y sintiendo cada día el cruento taladro de nueva espina, se agita delirante para elevarse sobre tanto dolor, y sumergirse en la celeste atmósfera de gloria para la cual ha sido creada, no vislumbrase desde el fondo de este valle regado con amargas lágrimas, arreboles de misteriosísimos horizontes, puestos como umbral de otra vida más pura, más serena, más duradera, que esa vida triste y caduca que nos condena á espiacion dolorosa, y nos fuerza á incesante combate; si la tumba fuese tosco mojon que limitase nuestras esperanzas, y no pedestal de la inmortalidad; antro donde se abismase en noche y silencio eterno toda nuestra ventura y nuestro anhelo, y no urna sagrada donde despues del combate dejamos la frágil armadura del cuerpo para entrar en el alcázar de la gloria con todos los resplandores del triunfo y todos los arrobamientos del amor, ¿qué sería el mundo sino siniestro, colosal cadalso, suspendido en los abismos, donde encadenada la humanidad sentiria hundirse en sus entrañas las garras ardientes de la desesperacion más horrorosa?

Símbolo del ateismo debiera ser un buho empollando víboras.

La historia, sin embargo, en medio de los crímenes y de las aberraciones que consigna, no delata ningun pueblo que haya abrigado el vacío de la negacion religiosa en la conciencia. Todas las naciones en sus íntimas aspiraciones á lo sobrenatural,

---

(1) Quis est tam vecors, qui, cum in cœlum suspexerit, non sentiat Deum esse? *Cicero.*

á lo infinito, han levantado altares á sus creencias, fiando en ellas sus esperanzas y ligándolas con indisoluble vínculo á su respectiva historia.

Tanto amoldan las sociedades su modo peculiar de ser á los principios religiosos que profesan, que solo en ellos se revelan para el filósofo las causas generadoras de las épocas de cultura ó decadencia por que han atravesado. Así la brillante pero corrompida teogonía del vate de Smirna que poblara de lúbricos faunos y de burlones sátiros, y de divinidades rientes y sonrosadas, coléricas, arteras y adúlteras, los sonoros rios y las azules montañas de la Grecia, despues de descomponerse al pasar por el tamiz analítico de la escuela eleática, llegó á forjar el sofisma en los labios de Gorgias, y más tarde á poner la copa del deleite en las manos de Epicuro, quien haciendo libar su veneno á la hermosa sirena del Egeo, la embriagó eclipsando en su mente toda idea de dignidad, de tal modo, que al sentir el hierro de las lanzas romanas desgarrando sus vísceras, aquel pecho que habia amantado los Leónidas y Epaminondas, ni siquiera tuvo fuerzas para exhalar un grito de sublime heroismo, dejándose uncir Grecia, esclava y coronada de ignominia, al carro de guerra de sus fieros vencedores. Los impúdicos dioses del Asia, como los implacables ídolos africanos, los unos encendiendo en delirios de lujuria el corazon de Balthasar y Sardanápalo, los otros degradando los soldados de Psamético, y enrojeciendo el alfange de Omar, al hundirse en mares de sangre y lágrimas, en abismos de fuego, entre tempestades de sollozos y pavorosas maldiciones, en su caída arrastraron los poderosísimos imperios que tenian sus altares por cimiento, anticipando á la humanidad con su inmensa ruina, los apocalípticos horrores que Dios prepara en las fraguas de su justísima cólera, para evaporar los mares, quebrar los soles, despedazar los cielos, y aventar los mundos, en el terrible y último dia de la humanidad.

Solo han crecido y progresado las naciones que han puesto su fé en la religion de Cristo, la única verdadera, la única santa de cuantas han pretendido iluminar las conciencias. A esta religion debe España cuanto ha sido y cuanto vale. A su sombra han flo-

recido los héroes cuyas portentosas hazañas son asunto inagotable para la epopeya y pasmo del mundo; en su belleza se han inspirado los sábios y los poetas que difundieron, á través de la noche caótica con que los bárbaros del Norte amortajaron la tierra, la luz de la ciencia que volvió á encender resplandores en las oscurecidas frentes, y sublimaron las almas de las generaciones con el eco de sus inmortales cantos; por ella se levantaron estos magníficos monumentos que parecen llevar sobre sus cúpulas las ideas de todos los siglos, y exhalar por cada una de sus piedras el perfume de las oraciones de todas las almas: pues tan compenetrado se halla el catolicismo en el sér de nuestra nacionalidad, que donde quiera convirtamos la mirada, ya sea levantándola hasta las crestas de los montes, ya bajándola á las florestas de los valles, ó estendiéndola por las encrucijadas de los caminos, y las planicies de los campos, siempre hemos de ver, ora una cruz que extiende los brazos como para bendecir á los caminantes y abrazar á los desvalidos, ora una ermita donde se guarda, como en celeste nido, piadosísima imágen de inestinguible sonrisa, ora una lámpara que reluce como estrella polar; ¡huellas indelebles de esa Religion, cuyas dulcísimas plegarias aprende balbuciente el niño en el tibio regazo de su madre que lo envuelve en el magnetismo de su amantísima mirada; de esa Religion que, apenas entramos en los umbrales de la vida, sella nuestras frentes con ósculo de redencion y amor, y cuando nos sumimos en los abismos de la eternidad, arrulla nuestro sueño con cánticos de paz y graba en la marmórea lápida del sepulcro su hierático signo de reconciliacion y bienaventuranza; de esa Religion en fin, cuyos eflúvios aspiramos en el aroma de las flores de Mayo que festonan, trenzadas en guirnaldas, las paredes del templo, en las nubes del incienso que suben enroscando sus espirales en las columnas del altar; cuya voz oimos en el místico son de la campana que convoca á la oracion, y en los suspiros del órgano que nos envuelve en torrentes de armonía llevando al alma los eléctricos estremecimientos de sublime vértigo, ó las dulzuras inefables de beatífico éxtasis; cuyas fiestas majestuosas y espléndidas, cuyas ceremonias patéticas y bellas nos encantan, alegran y conmue-

de rosa (1), de patricios cuyos ojos amaratados y sin luz, cuya frente calenturienta y sin ideas, cuya rizada cabellera y perfumada túnica delataban las largas horas que dejaban trascurrir tendidos en el triclinio de orgiástico festin, rebosando por sus lábios el Falerno y durmiéndose ceñidos de sésamo bajo una lluvia de flores y perfumes al son del lascivo crótalo (2); aquel pueblo compuesto de bacantes, que, destrenzada la melena, chispeantes las pupilas, ronca la voz, corrian ébrias y sudorosas blandiendo el verde tirso y llevando por doquier el hediondo hervor de la crápula; de imprudentes cortesanas que inficionaban los corazones y la sangre de la juventud; de un populacho hambriento que rugía por el trigo de la Annona y por los cruentos juegos del Circo; de inmensos rebaños de rencorosos esclavos que se extendían como siniestra nube por las praderas yermas y henchían las ominosas ergástulas, y manchaban el tálamo de sus señores (3); aquel pueblo sin calor en el alma, sin fuerza en el brazo, sin luz en la mente, escéptico, soberbio y corrompido, agonizaba envenenado por el corrosivo virus del vicio, sin que fuese bastante á levantarle de su degradacion la helada voz del estoicismo que resonaba en los pórticos, ni á disipar su hastío la armoniosa lira de Horacio cuyos ecos aun vagaban bajo las seductoras alamedas de Tibur, ni á conmoverle de terror los salvajes ahullidos de los bárbaros que bullían y galopaban detrás de sus fronteras, como chacales que husmean un cadáver, aguardando con impaciencia el momento en que, descendiendo de sus hielos, debían arrojarse sobre Roma para saciar en ella su inestinguible sed de venganza.

Solo los caprichos del sanguinario César sobresaltan al romano; solo las hecatombes del Circo hacen vibrar sus fibras y encienden su entusiasmo.

Pero en tanto, estraño silencio se extiende por el mundo, se-

(1) Saint Felix. *Noches romanas*.

(2) Juvenal.

(3) Hablando de la perniciosa influencia de la esclavitud en Roma, dice Plinio: «*Latifundia perdidere Italiam.*»

José Salvadó  
1898

mejante al silencio que reina en los aires cuando está próxima á estallar pavorosa tempestad. Tristísimos presagios anuncian grandes sucesos.

En efecto; las Sibilas enmudecen atónitas sobre el sagrado trípode; el fuego del sacrificio se apaga en el ara de los Dioses; las entrañas de las víctimas ofrecen indescifrables oráculos; las estatuas de bronce de los antiguos héroes se cubren de sangriento sudor, como si sintiesen angustias de muerte; óyese en el aire plañideros gemidos, y en el suelo estrépito de batallas; el más venerable de los arúspices cae muerto al pié del altar lanzando proféticos acentos; espesa nube orlada de sangre envuelve como un sudario la ciudad Eterna, y despide lluvia de rayos que abrasan los templos de Júpiter y Minerva y la pintoresca mansion de Augusto; la musa mantuana anuncia una nueva era de regeneracion, y el mar Tirreno, allá en el silencio de serena noche, alza de entre sus cadenciosas ondas, como desgarradora elegía, el sollozo lastimero de sus sirenas que lloran la muerte del Dios Pan (1).

Y es sin duda porque los ecos del sermón que pronuncia en la montaña de Galilea un oscuro Nazareno, cruzan, como magnética corriente, los senos del paganismo, hiriéndole de muerte.

La estrella de Bethlem deslumbra la retina de los Dioses; y ellos que solo viven de la ignorancia, y de la supersticion, de la tiranía y de la guerra, y calientan su pecho con la fiebre del vicio, al oír la voz divina que predica la mortificacion y la penitencia como prendas de segura gloria; que llama bienaventurados á los pobres, y á los mansos, y á los que lloran, y á los que han hambre y sed de justicia, y á los misericordiosos, y á los

---

(1) Todas las obras de la antigüedad nos dan detallada cuenta de los prodigios extraordinarios que se presenciaron en aquellos dias, notándose entre los más memorables, las respuestas de la Sibila de Cúmas, y el célebre dístico de Virgilio Maron en su égloga IV, á Pollion:

*Jam redit et Virgo, redeunt saturnia regna:  
Jam nova progenies cælo demittitur alto.*

limpios de corazón, y á los pacíficos y perseguidos (1), prometiéndoles consuelo y misericordia y el reino de los cielos, sienten filtrar en sus entrañas el hielo de la muerte.

Ah! solo la palabra de Dios resucita muertos; solo Cristo podía salvar á aquella sociedad moribunda.

Pero aquel enfermo no vé, ni oye, ni entiende; y aunque empieza por admirar al hombre extraordinario, se espanta despues de sus doctrinas, y acaba por maldecirle, odiarle, cubrirle de saliva y de irrisión, coronarle de espinas y abrumarle con crueles martirios.

Y así mientras que en los jardines, y en las termas, y en las naumaquias, y en los teatros, y en los pórticos, y en los triclinios, Roma agonizante se consume; allá en la agreste Judea se quiebran las peñas, el sol se apaga, los vientos truenan, el rayo culebrea, el mar se encrespa, el aire se enrarece, rugen los abismos, una madre desolada abraza una cruz, y una voz conmovedora estalla en el espacio gritando *¡Consummatum est!* (2).

Era que la naturaleza protestaba contra el más inícuo de los crímenes, y el cielo gemía ante el más sublime de los sacrificios, y Satanás rugía bajo el peso abrumador de su más terrible derrota.

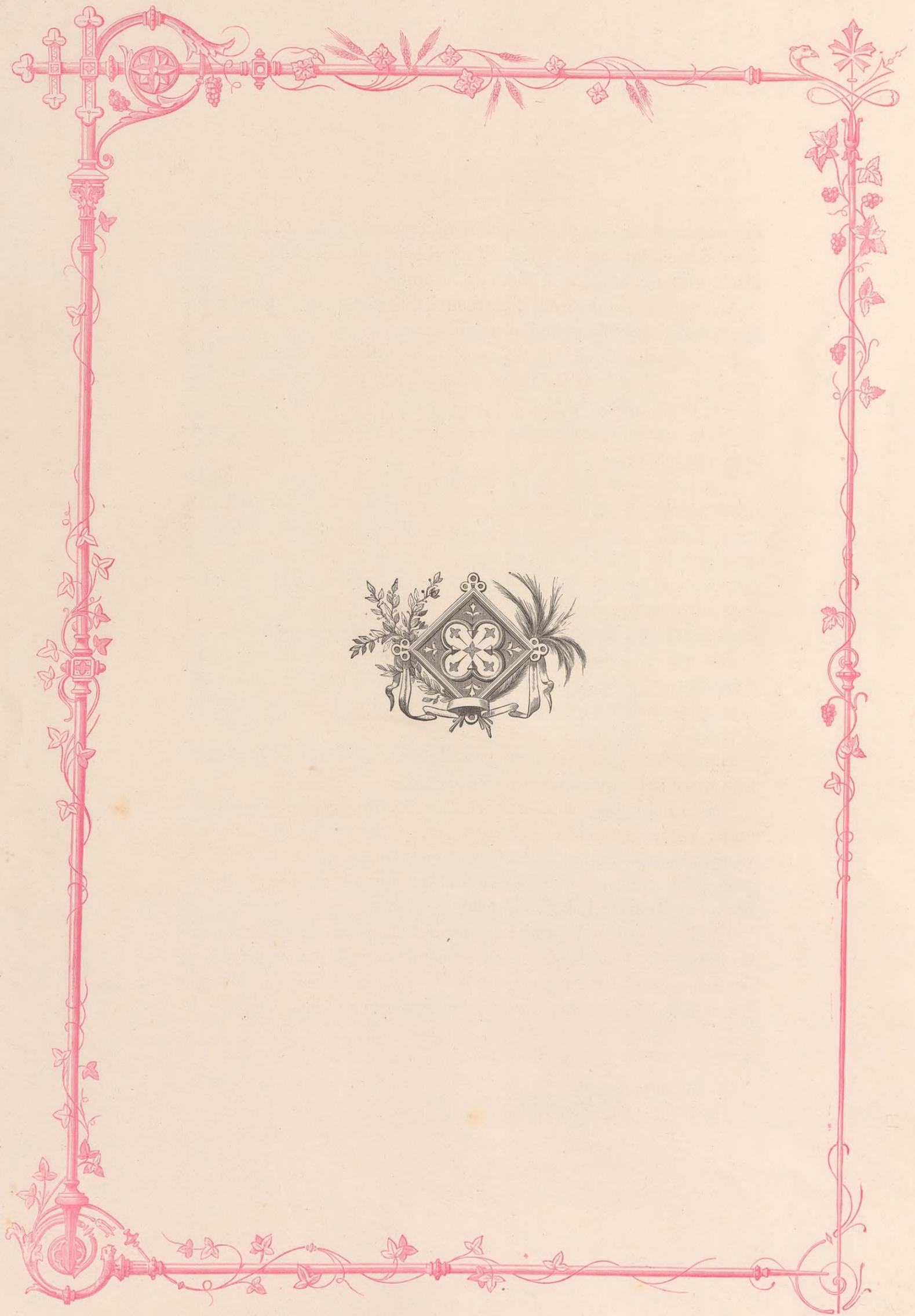
Aquel dolor del universo era síntoma evidente de que nacía una nueva idea, una nueva civilización.

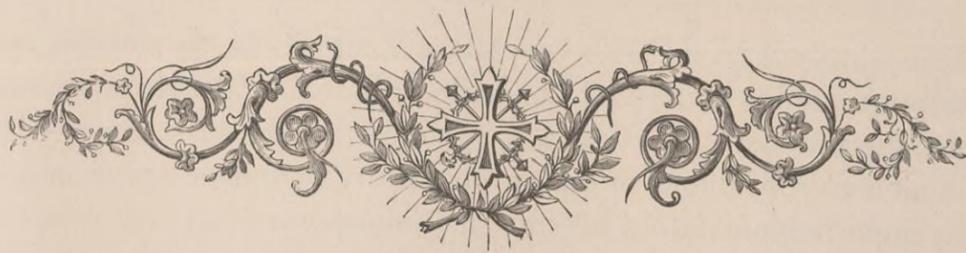
Cristo había espirado. Los fariseos por fin respiraban satisfechos. Creían que de la existencia del Nazareno no quedaban en el mundo más huellas que las gotas de sangre que enrojecían las peñas del Calvario, y escribían á Roma que el rebelde perturbador y su doctrina habían sido esterminados.

El César al leer la noticia quizá se encogería desdeñosamente de hombros, y subiendo en su carro de marfil, iría al circo á divertir su cruel hastío con la lucha de los leones de Numidia que bramaban hambrientos en las bóvedas de la sombría cavea.

(1) S. Mateo, cap. V.

(2) S. Juan, cap. XIX, v. 30.





## II.

Aparición de Jesús.—Los apóstoles.—Judea.—Su carácter.—Su vida, significación y trascendencia en la historia.—Próximo fin del paganismo.—Triunfo del monotheísmo.



d, y predicad á los hombres mi Evangelio» (1). Esto dijo á sus discípulos el Mártir del Calvario, cuando rotos los lazos de la muerte se les apareció irradiando los resplandores de la divinidad por sus heridas, y demostrando de este modo que inútilmente los tiranos emplean sus lanzas y sus clavos para matar una idea; que cuando piensan sepultarla solo logran haberla sembrado, y cuando más cierta creen su estincion, ella surge brillante, ostentando sus tormentos como timbres, para llevar fecunda é inmortal, su sávia misteriosa á las conciencias y su luz inmaculada á los horizontes de la historia.

(1) S. Márcos, cap. XVI, v. 15.

*José Salvadó*  
1879

Los discípulos de Cristo aceptaron el legado de su maestro; y despues que las llamas del Cenáculo hubieron calentado sus frentes, diéronse el ósculo de paz, y con el báculo en la mano y la oracion en los labios, se separaron para ir á esplicar por el mundo como habian visto á los muertos incorporarse en sus féretros y á las rocas del Gólgota estremecerse de dolor, y predicar á todas las razas que la hora de la reconciliacion habia sonado; que las cadenas de los esclavos se habian roto; que el reino del amor se habia inaugurado; que habia bajado ya consuelo para los afligidos, agua para los sedientos, auxilio para los débiles, luz para los ciegos; que las lágrimas del triste no caian ya perdidas como gotas de lluvia sobre la arena del desierto, y que la tierra no es sinó campo de batalla y cárcel de dolores, donde el hombre debe conquistar con la resignacion y la fé la luminosa corona de la bienaventuranza.

Aquellos pobres judíos que vieron deslizarse tranquila su existencia en las risueñas orillas del lago Tiberiade, sin haber estendido la mirada mas allá de los serenos horizontes de Galilea; que no habian arrojado otras luchas que las del viento alborotándose en la superficie del lago; que no habian visto otros instrumentos de dominacion y muerte que las frágiles mallas de sus redes; ellos, ignaros y desvalidos, ellos, desconocidos y humildes, iban á tronar con sublime elocuencia ante todos los ídolos y poderes del mundo; iban á recorrer las regiones más remotas; iban á librar los más terribles combates contra la saña de los hombres, contra el furor de los elementos, contra las amarguras del corazon; iban á pasar por entre cadenas y espadas, á dejar sus carnes entre las uñas de los tigres, su sangre en las cruces, sus huesos en las llamas, y á confundir por fin la soberbia de los filósofos, y desbaratar las teogonías politeistas, para levantarse despues en la historia como gigantes faros, á cuya luz la humanidad ha encontrado la eterna senda del progreso que guia, como á su último término, al complemento de la suprema felicidad, que no es otra cosa sino la perfecta armonía de amor entre Dios y sus criaturas.

Las profecías se habian realizado. Cumplidas estaban ya las

semanas de Daniel (1); el Espíritu divino se había posado sobre el vástago salido de la vara de Isaí (2); una Virgen había concebido un niño Dios y Príncipe de Paz (3); el cetro de Judá había caído de las garras del león (4); en Bethlehem Ephrata se había levantado el señor de Israel (5), estando la tierra cubierta de tinieblas, y de oscuridad los pueblos (6); los ojos de los ciegos se habían abierto, los cojos saltaban como ciervos, y cantaba la lengua de los mudos (7); se habían descoyuntado los huesos del Enviado y se había echado suertes sobre sus vestidos (8); y por fin, el varón de dolores había experimentado quebranto, y entre el desprecio de los hombres había sido llevado como un cordero al sacrificio sin abrir la boca (9).

La despreciada Judea que había sido como el ánfora sacratísima en donde se guardara como un aroma, pura y eterna la idea monotheista, iba á abrir por fin su misterioso seno.

Judea es el sacerdote de la humanidad.

En vano los siglos y las razas pasan como torbellinos sobre el pueblo de Israel; en vano el espíritu del hombre enuncia ideas nuevas, forja sistemas seductores; en vano las naciones borran y confunden sus lindes: recogido como austero cenobita en los repliegues de sus montes, postrado ante la misma ara que edificaron allá en lejanos siglos sus progenitores, ora solitario el judío sin prestar oído á los muros que se derrumban, á los ejércitos que se degüellan, á las tempestades que braman, á las olas que avanzan y amenazan, como si se encontrase en un mundo inaccesible á la cólera de los hombres y á los desastres de la fortuna.

Ningun pueblo ha pasado por tantas y tan dolorosas vicisitu-

- 
- (1) Daniel, cap. IX, v. 24, 25 y 26.
  - (2) Isaías, cap. XI, v. 1, 2.
  - (3) Isaías, cap. VII, v. 14; y cap. IX, v. 5.
  - (4) Génesis, cap. XLIX, v. 10.
  - (5) Micheas, cap. V, v. 2.
  - (6) Isaías, cap. LX, v. 2.
  - (7) Isaías, cap. XXXV, v. 5 y 6.
  - (8) Salmo, XXI, v. 14 y 18.
  - (9) Isaías, cap. LIII, v. 3 y 7.

des como el pueblo hebreo; y por lo mismo ningun pueblo se ha encontrado como él en circunstancias tan fáciles para su modificación; pero tampoco ningun pueblo se ha sentido con ménos aptitud para desprenderse de sus tradiciones y de cuanto constituye el carácter especial y típico de su raza.

Las cadenas de Egipto han macerado sus espaldas durante largos años á la sombra de las graníticas esfinges; los implacables filisteos lo han arrastrado cautivo ante el ara sangrienta de Dagon; peregrina, como inmensa caravana nómada, durante cuarenta años por un desierto sembrado de enemigos; cruza por entre innúmeros pueblos que ni le arredran con sus aprestos de guerra, ni le ablandan con sus seducciones; funda su trono en apartados países, y pone el tabernáculo donde ántes humeaba el sacrificio idólatra; ve ante sus puertas el génio griego mostrándole la celeste copa rebosando el néctar de la vida helénica y entonando la armoniosa estrofa homérica; pasa arrastrado á la cola de los corceles asirios por sobre los muros destrozados de su ciudad santa; es arrojado al seno de la orgiástica Babilonia, donde los perfumes afrodisiacos de Astartea y los impuros cantos adónicos se elevan como una erupcion de lujuria, y el corazón judío, ya lllore lágrimas de sangre retorciéndose entre los hierros del cautiverio, ya respire el embriagador perfume de la victoria, ya cante bajo los húmedos sauces de extranjero río su destierro é infortunio, confiando á las auras la amargura de su nostalgia, siempre ve brillar ante sí como una estrella de redención las promesas mesiánicas que hacen del semita pueblo judío, un pueblo escepcional en la historia.

Por eso cuando el hombre no ve ya en los cielos mas que las espesas sombras del materialismo que marchitan las ilusiones del alma, y no siente el soplo de ningun aura bienhechora que refresque su frente abrasada por la duda, Judea, rasgando el misterioso velo tejido por la mano de los siglos, surge como Sol por entre nublados y alumbrando los horizontes de la vida, purifica el caliginoso ambiente que amodorra las conciencias, con la luz de la Buena-Nueva.

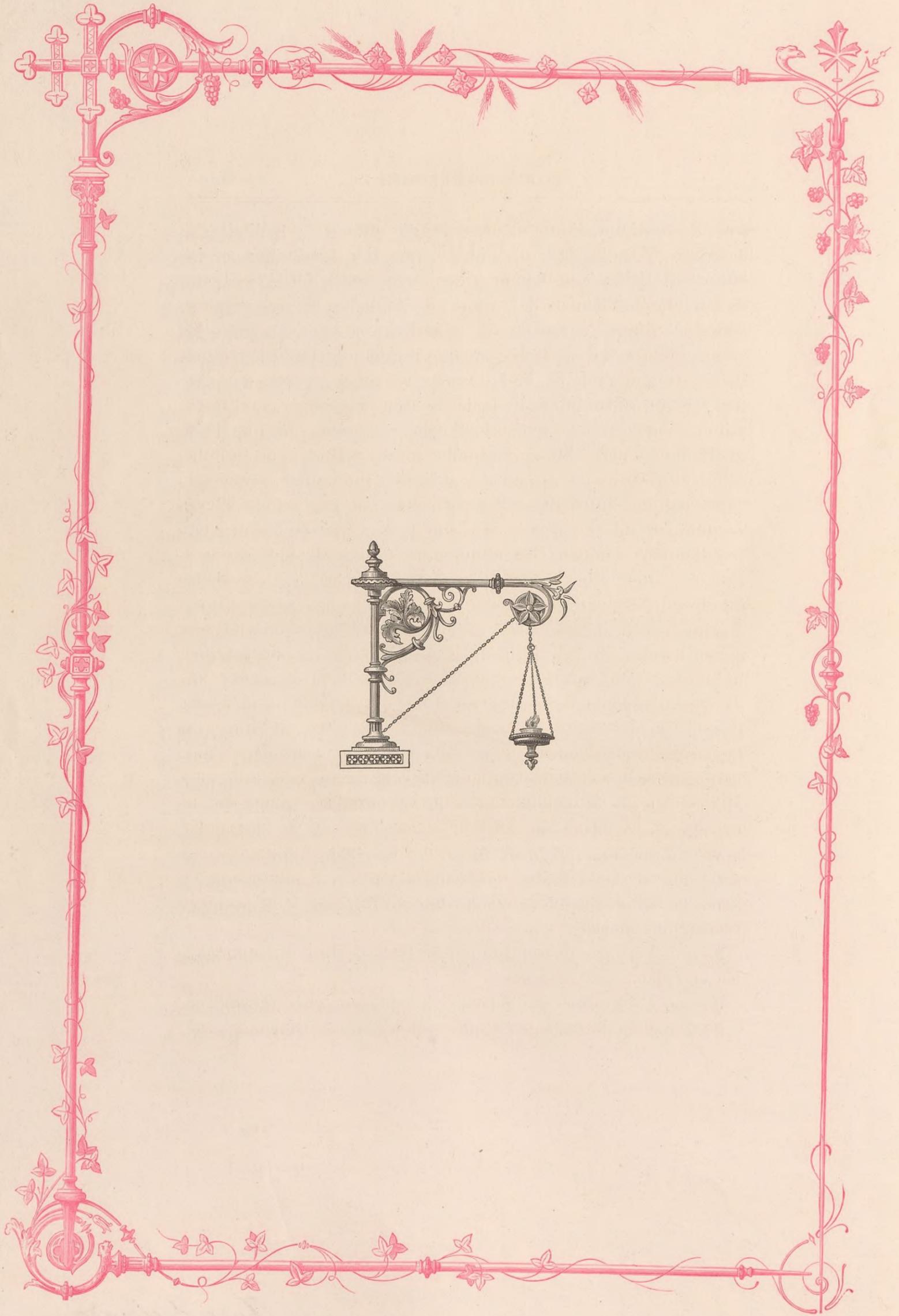
Los apóstoles del Crucificado van á ceñir al hombre la rica co-

rona de su dignidad que al prosternarse ante el ara politeista se le cayera. Y las blondas divinidades que rien meciéndose en los laureles de Delfos y se bañan en las tersas ondas del Egeo al son de la flauta de Sileno y del caracol de Anfitrite; las que respiran vahos de sangre coronadas de muérdago y erguidas sobre los verdes dolmenes de la Galia; las que presiden la fantástica danza ibérica trenzada á la luz de la luna en las sonoras costas de la Bética; las que entre nubes de incienso alzan soberbias en el Capitolio la dorada frente, teniendo el orbe por peana; las que desde lo alto de las maravillosas pirámides miran estáticas con inmóvil retina el girar de los argentados soles; las que aullan gritos salvajes bajo las lujuriantes selvas africanas; las que ceñidas de áurea tiara rociada de perlas, rien con lasciva risa en los mármoreos templos asiáticos; las seductoras sirenas de ojos azules y traidores como el mar, los sátiros de hendido pié, los cocodrilos que llevan en sus escamas cabalísticos signos, los perros sagrados que ladran indescifrables oráculos, las esfinges que encierran en su cerebro de granito la misteriosa idea, las serpientes que, puesta la cola en la boca, silban los secretos de la eternidad; todas las supersticiones, en fin, que la calenturienta fantasía creara durante largos siglos de postracion y tinieblas, al rumor de los pasos de doce pobres judíos que parten de Jerusalem, tiemblan sobre sus pedestales con mortales angustias, y sienten marchitarse en sus frentes las flores de las ofrendas, quebrarse en los altares las urnas de pórfido guardadoras de la hidromiel, lanzar mortecinos reflejos el fuego del sacrificio, cimbrarse las columnas de sus templos, y resonar el cántico de sus sacerdotes como las salmodias de tremendo funeral dedicado á su pronta é irremisible muerte.

Es que la sangre derramada en el Calvario filtra en el corazon del paganismo y lo destruye.

Es que las sombras se disipan, y la conciencia se engrandece.

Es que el monotheismo triunfa, y el reinado de Dios empieza.





### III.

Iberia.—Sus divinidades.—Sus guerras.—Su estado social despues de la caída de su independencia.—Venida de Santiago.—Su milagrosa predicacion.—Sus discípulos.—La Virgen del Pilar en Zaragoza.—Muerte de Santiago.—Llega su santo cuerpo á España.—Iglesias cristianas.—Prelados eminentes.—Terror del paganismo.—Su decadencia.—Persecuciones.—Mártires españoles.—Constantino.—Paz de la Iglesia.



La península ibérica, paraíso encantado de la leyenda pagana (1), codicia eterna de los atrevidos navegantes que, atraídos por los espejismos de su radiante cielo, por la hermosura de sus campos tapizados de olorosas flores, y por la riqueza de sus inagotables aureos veneros (2), habían bordado de colonias sus espléndidas costas, parecía el pródigo vergel donde se

(1) Hesíodo-*Theogonia*, versos 334 y 335.—*El Poema sagrado ó la Heracleida*, trabajo XII.

(2) La historia que nos cuenta la venida á España de celtas, samios, rodios, fenicios y cartagineses, refiere cuanta era la abundancia de sus minas y la indiferencia con que eran mirados los más preciosos metales empleados por los indígenas en los instrumentos de guerra y de trabajo, y en los más humildes muebles de sus hogares.

reunieran en alegre festin los Dioses todos de la teogonía helénica. Bajo aéreos templetes y graciosísimas bóvedas, esmaltadas con los destellos del genio de Oriente se veía á Juno ceñida la frente por coros de brilladoras estrellas y con el íris por cingulo de su flotante túnica; á Júpiter sentado en trono de caliginosas nubes, puestos los piés sobre las blancas alas del águila caudal, y la diestra mano en las ciclopeas fraguas; á Vénus blanca como la espuma que hirvió sobre su seno en las playas de Chipre, teñidos los labios con luz de aurora, y voluptuosa como la sonrisa del deleite; á Neptuno con la ola colgada de sus espaldas á la manera de argentado manto, verdeando la barba enzarzada de marinas algas, y empuñando el férreo tridente asestado como una amenaza contra el encrespado mar; á Minerva de ojos garzos y frente diáfana como una luna de Mayo, con el bruñido casco, y la invencible lanza; á Marte ceñudo, y al artero Mercurio; á Hércules y Céres; á toda la asamblea del Olimpo, á todas las divinidades paganas, cubiertas de ofrendas y envueltas en el humo del sacrificio, escuchando embelesadas el eterno cántico de las ondas doradas por el Sol radiante y perfumadas por el aliento de una jamás interrumpida primavera (1). Mas en el corazon de las selvas patrias los dioses aborígenes (2), rústicos como las encinas que les daban sombra, pavorosos como el huracan que les arrullaba, vueltos con indignacion los ojos para no ver el fuego de aras extranjeras, recibian con indiferente mutismo la adoracion de los esforzados íberos.

En lo alto del Pirineo sonaron los escudos romanos, y el íbero se aprestó á la pelea. Larga y cruentísima fué la lucha. Para enfrenar, que no domar, el valor de los españoles, fué menester,

(1) El P. Enrique Florez en su *España Sagrada*, y el eruditísimo Masdeu en su *Historia crítica de España* dan curiosas noticias acerca las divinidades exóticas que fueron adoradas en la península. Y todavía en muchas partes de España vense restos de los templos levantados en honor de aquellos ídolos, y lápidas que atestiguan el culto y la veneracion que se les dispensaba.

(2) Masdeu en el tomo VIII de su *Historia crítica* pone los nombres de los dioses antiguos de los españoles que dice ser: Eudovélico, Rauveana, Bandua, Iduorio, Sutunio, Viaco, Ipsisto, Togotis, Salambon, Neton, Navis, y los Lugoves.

que la traición clavase su puñal en las entrañas de sus héroes, que ardiera Numancia y fuesen aventadas sus inmortales cenizas, que el águila romana cayera desangrada ahullando de dolor, y que el Capitolio llorase amarguísimas lágrimas. Por fin, España fué sojuzgada, y Roma abrevó en ella la sed de su codicia desenfrenada (1).

Las prudentes reformas de César reduciendo la España á provincia Romana (2), los privilegios que con tal motivo gozó la península, y el tacto de Roma en colonizar, regir con sus leyes, y amoldar á sus costumbres las regiones que conquistaba (3), hicieron que Roma y España, olvidando ésta sus rencores y aquella sus humillaciones, viviesen abrazadas en duradera concordia.

Dormida bajo el manto inmenso de Roma, vivia España privada de toda luz. La gangrena que corroía el corazón de la Metrópoli, se extendía hasta la Península. La paz de que disfrutaba se asemejaba á la muerte, y el reposo de sus guerreros era síntoma de debilidad y decadencia.

Mas la luz del Calvario corrió como una estela de fuego por las aguas del Mediterráneo. Y el hijo del Zebedeo viniendo en alas de su fé desde las costas del Asia á las playas españolas, pronunció las misteriosas palabras que debían despertar á España de su aletargamiento, y que en la sucesion de los tiempos han sido el tema de todas sus glorias (4).

(1) Las depredaciones que en España ejercieron los romanos fueron grandes. Tito Libio, *lib. XXXVI y XXXIX*, Mariana *lib. III, cap. III*, Morales, y sobre todo Diodoro Siculo, *Biblioth. Hist. lib. V, cap. XXVIII*, nos cuentan horrores de la rapiña de los Romanos. Este último historiador, dice entre otras cosas, lo siguiente: «Mientras fatigan día y noche sus cuerpos, (los españoles) en el laboreo de sus minas, muchos perecen al peso inmenso del trabajo. Ni hay para ellos respiro, ni descanso; sino que forzados con azotes por sus dueños, no sin cruel intencion para agravar la no interrumpida fatiga, exhalan miserablemente sus vidas.»

(2) Justino *lib. XLIV, cap. V*.

(3) «Ubi cumque vicit Romanus, habitat». — Séneca. — *De consolatione. Capitulo VII*.

(4) Los críticos que admiten como un hecho inconcuso la venida del apóstol Santiago á España, andan divididos en contrarias opiniones acerca de la predica-

José Salvador

Apóstol de la doctrina de Cristo, Santiago la sembró en España, con su maravillosa palabra, con extraordinarios prodigios. Pobre, solo y extranjero, supo sin embargo convertir en volcanes las estepas, en luz las sombras, la fatiga en vigor, quemando con las llamas de la caridad y de la fé, las ponzoñosas zarzas de la supersticion y el escepticismo, á cuya sombra hierve en desordenada vida toda pasion abyecta.

La peregrinacion de Santiago el Mayor es una grandiosa epopeya nacional. Abandona la Palestina, recorre las pintorescas costas de la Península á lo largo del Mediterráneo, llega á Murcia, sube á Toledo, y se dirige á Braga visitando toda la region galaica, y deja por donde quier que pasa como inestinguible estrella, la luz de la fé, y el aroma de la virtud.

A la ardiente voz del Apóstol muchos son ya los que desiertan de las aras idólatras, y columbran á través de tupidos celajes, el centelleo de una gloria más brillante que el Olimpo pagano con sus armoniosas risas é interminables festines.

Despues de fructuosa predicacion en Galicia, donde deja como continuadores de su obra á sus predilectos discípulos Atanasio y Teodoro, pasa Santiago á Zaragoza acompañado de Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Esicio y Eufrasio, neófitos devotísimos; y allí, en el silencio de apacible noche, cuando á orillas del magestuoso rio el Apóstol alienta y fortifica á sus compañeros narrándoles la portentosa vida del Hombre-Dios, y comunicándoles todo el fuego de su alma y la exaltacion de sus esperanzas les eleva en éxtasis inefable á la contemplacion de la

---

cion de S. Pablo en la península. Apoyándose en la carta del apóstol á los Romanos, cap. XV, v. 24 y 28 que dice: «*Cum in Hispaniam proficisci cæpero, spero quod præteriens... Per vos proficiscar in Hispaniam...*» Creen muchos en la realidad de su venida, y citan en testimonio otras varias autoridades atribuyendo la fundacion de algunas iglesias al espresado apóstol. Sin embargo de no haberse fallado definitivamente el litigio, la crítica se inclina á creer que la venida de san Pablo á España es apócrifa, y como tal hija del celo piadoso de los que la sostienen. Como en este discurso no nos hemos propuesto solventar dificultades, ni emitir opiniones, y sí solo esponer hechos, basta á nuestro intento esta ligerísima observacion.

Verdad increada, celeste música regala sus oídos, sublimes perfumes le enagenan, luz refulgente le envuelve, voces armoniosísimas resuenan en coro más suave que el susurro del aura matutina al palpar entre las menudas hojas de los árboles, y llevada por legiones de ángeles que velan su luminosa frente con nítidos plumajes, aparece ante el atónito Apóstol, con vida real y sentada en mármoleo pilar, la Virgen madre de Jesús, que le pronostica el grande crecimiento que en España ha de tener la religión cristiana, y le exhorta á que funde un templo en la feliz Zaragoza.

Desde aquella solemne profecía, y desde la fabricacion del modesto santuario que la piedad de Santiago debió á la augusta Reina de los cielos que tan patente proteccion habia empezado á dispensar á España, bien puede decirse que el cristianismo germinó en esta nacion para desarrollarse despues con exhuberante fecundidad y gloria.

Derramada la semilla de la fé por la Península, arraigada ya la evangélica doctrina en el alma de numerosos íberos, regresó el Apóstol á Palestina despues de despedirse tiernamente de sus entusiastas discípulos, y de legarles, como si presintiese su próxima gloriosa muerte, la regeneracion de España por medio del cristianismo, haciéndoles depositarios de sus esperanzas y guardadores de su doctrina.

Ansia sin duda de regar con su sangre el suelo que se empapó con la de su adorado Maestro, alejaba á Santiago de su predilecta España; porque apenas hollara las regiones de Palestina, la cuchilla del martirio, no pudiendo apagar su elocuencia, ni extinguir sus ideas, quebró el frágil vaso de su vida, cercenando aquella cabeza que tanta luz irradiara, que con tantas ideas de amor se habia coronado. Los discípulos que habian acompañado al Apóstol en su viaje, quisieron preservar el santo cuerpo de las iras y profanaciones de los hombres que, más implacables que la muerte, llevan á veces hasta el fondo de la tumba la hiel de sus rencores. Y el mar de Joppé vió salir ligera navicilla de su puerto con rumbo á las españolas playas, llevando en su seno el glorioso cuerpo de Santiago, que iba á santificar

en muerte la nación que con la santidad de su vida iluminara. La piadosa reliquia tuvo feliz y providencial arribo en Galicia, donde fué devota y cuidadosamente enterrada, y desde donde en todo tiempo el Santo Mártir ha velado por su predilecta España, que ha tenido en él su paladin y su bandera; porque por él ha realizado sus hazañas más asombrosas, y se ha visto libre en clara lumbre, según la hermosa expresión del más inspirado de nuestros poetas líricos.

Encendido cada día más el celo de los discípulos de Santiago, la colosal empresa por él iniciada iba paulatinamente tomando creces. Llevaron infatigables estos piadosos varones su predicación á todos los ámbitos de la Península, y cuando vieron que sus voces léjos de perderse como el eco en el desierto, hallaban resonancia y se dilataban armoniosas en los corazones, y el cristianismo filtraba en las conciencias, y la Iglesia española perdiendo sus vagos contornos crepusculares iba destacándose con puros perfiles sobre el sombrío horizonte de la idolatría, partieron para Roma, y después de recibir de los santos apóstoles Pedro y Pablo la consagración episcopal, regresaron llenos de saludables consejos, é introdujeron la liturgia y pusieron á los fieles españoles en comunión con las nacientes iglesias cristianas que despuntaban ya por todas partes, como despuntan en el prado á los primeros alientos de las auras primaverales las castas flores que en breve han de romper sus capullos embriagando los aires de suavísimos aromas.

El estado del cristianismo en la Península, pues, si bien modesto entonces, era con todo augurio cierto de próspero cuanto rápido crecimiento. Los discípulos de Santiago estaban al frente del gobierno de otras tantas iglesias cabeza y centro de todas las demás. Así Torcuato tenía la de Guadix, Tesifonte la de Verja, Segundo la de Avila, Indalecio la de Mujacar, Cecilio la de Granada, Esicio la de Carteya, la de Andújar Eufrasio, y Pedro, otro de los discípulos del Apóstol, regia con santo celo la de Braga fundada por el mismo Santiago.

A la manera que el rocío derramado en perlas brilla á los rayos del sol semejante á esas miríadas de estrellas engarzadas en

el lápiz-lázuli del firmamento, así á la luz del cristianismo brillaron luego esparcidos por España, Atanasio en Zaragoza, Saturnino en Pamplona, Geroncio en Itálica, Fructuoso en Tarragona, y Osio en Córdoba; astros de primera magnitud en el cielo de nuestra Religion; faros luminosos por los que tantas almas perdidas en las tormentas de las pasiones han encontrado el derrotero salvador; flores maravillosas del vergel cristiano, en cuyos cálices tantos corazones heridos han libado el néctar regenerador de la esperanza!

Y mientras en España los ídolos se despedazaban en el santuario de las conciencias y la cruz del Calvario se adoraba en el fondo de las almas, allá en Roma, frente á frente del Capitolio, la voz del cristianismo tronaba ardientes invectivas contra la sociedad caduca que iba desmoronándose, y lanzaba á la soberana frente de Júpiter, sin temor á los rayos que se enroscaban centelleantes en sus potentes manos, el frio sarcasmo del mas profundo desprecio.

Flamines y feciales, arúspices y augures vivamente alarmados ante tamaña irrisión clamaban con grandes voces por el castigo de tan horrendo sacrilegio, y pálidos de ira, descompuesto el sagrado manto, increpaban rudamente al soberbio César, y le conjuraban á bárbaras determinaciones, mostrándole la corona de rosas prendida en sus frentes, deshojada; la regocijada flauta del Dios Pan, rota; la lanza de Minerva, tomada de orin; el fuego de Vesta, apagado; el Panteon de sus dioses cosmopolitas, convertido en tumba; las clásicas liras de sus poetas, hechas astillas; el poder imperial, vituperado; la alegría amargada, las conciencias en sombras, las pasiones en combustion, la sociedad en anárquico desenfreno, el aire poblado de ódios, el suelo erizado de crímenes, imperando únicamente sobre aquel caos en que moria la tradicion, la gloria y el poderío del Imperio, turba asquerosa de rebeldes, hez del pueblo romano, que escupiendo el manto del César, se prosternaban ante el signo del oprobio, ante la cruz, símbolo de su criminal perversion y depravados intentos. Y enardecido el César con estas ideas, espoleado por estas pavorosas imágenes, trémulo ante el torvo fantasma del miedo,

José Salvado

cubrió de luto la Iglesia cristiana, sembró la muerte sobre los fieles y azuzó contra ellos la rencorosa rabia de sus sayones; y con sus cuerpos embreados alumbró las crapulosas noches de sus jardines, y con sus entrañas palpitantes sació sus tigres de Pannonia; y con sus troncos mutilados enturbió y engrosó las aguas del Tíber; y con su sangre empapó el minio del Circo y enrojció las vías públicas; y en sus huesos melló y deshonoró las espadas de sus gloriosas cohortes, y con su muerte regocijó el populacho, sin advertir en su frenética locura, que al quebrar aquellos frágiles cuerpos quebraba las sagradas ánforas que encerraban el perfume que, dilatándose por el espacio, debía asfixiar las serenas divinidades del Olimpo, cuyo culto á tantos crímenes le arrastraba, y dar refrijerio y vigor á los que desde el potro del tormento blasfemaban de la cólera de Júpiter y profetizaban la próxima ruina de la sociedad sobre cuyas espaldas el César sentaba su trono y Roma su poderío.

Huyendo de tanta saña, el cristianismo se ocultó en la oscuridad de las catacumbas, como el grano de semilla en el sulco del campo.

Las persecuciones que tanto arreciaban en Roma, se extendieron á la manera de siniestra tempestad por todo el mundo; que el poder de los Césares no reconoce vallas, ni su frenética rabia tiene límites.

Los procónsules que gobernaban las provincias del Imperio, desplegaron todo el lujo de crueldad que la depravacion de sus almas les sujeria para aplacar la cólera excitada de los Dioses, y arrancar al propio tiempo una sonrisa de complacencia al cruel César, en cuyo agrado fiaban la duracion del mando que les proporcionaba completa satisfaccion á su avaricia desenfrenada, y á sus sanguinarios instintos emociones interesantes.

España, que llevaba pegados á sus fecundos pechos los lábios de esos vampiros insaciables, fué teatro de luctuosísimas escenas. La tromba de la persecucion descargó con violencia sobre la frente de los que solo tenían un pensamiento, amor; una plegaria, perdon. Mártires de su fé murieron enrojciendo con su sangre el ara de los Dioses, los tiernos niños Justo y Pastor en

Compluto; Vicente, Cristeta y Sabina, en Avila; Verísimo y Julia, en Lisboa; Eulalia y Severo, en Barcelona; Engracia, Cayo y Cremenio, en Zaragoza; y tantos otros, que su número únicamente podría fijarse sabiendo cuantas son las hojas de las selvas, los átomos del Sol, las gotas de la lluvia; héroes invencibles, á quienes solo la muerte pudo forzar á caer ante los ídolos del infierno, y cuyas almas inmortales abandonando el envoltorio de la carne, como iriseada mariposa al desprenderse de la tosca crisálida que la encerrara, remontaron su vuelo hendiendo el éther, bañadas de celestes resplandores, para ir á recibir en sus frentes el inefable ósculo del amor eterno.

Así fueron sangrientos los primeros triunfos del cristianismo.

Así fueron horribles los últimos momentos del paganismo.

Tras tan aciaga calamidad, lució por fin el iris de bonanza.

Habian pasado ya por la tierra todos aquellos tiranos emperadores con sus cohortes de venganzas implacables, de hediondos vicios, de crueldades infinitas; y la humanidad que se habia estremecido de horror ante el tremendo espectáculo de su propia degradacion, iba á sentir en su frente la luz del derecho en la plenitud de su calor, y en su alma el hálito vivificador de la moral mas pura.

Ceñido con el laurel de los Césares, sube Constantino al Capitolio á apagar el fuego sagrado de los antiguos dioses, y llama á los cristianos, que salen del fondo de las catacumbas desde donde han socavado con las lágrimas de sus ojos y los huesos de sus mártires, los cimientos de los templos paganos próximos ya á cuartearse.

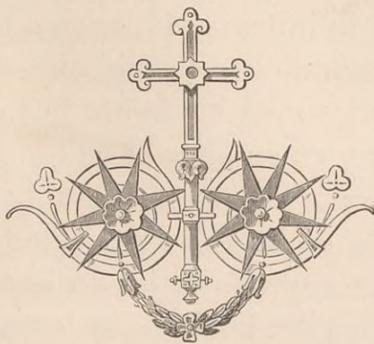
La sociedad experimenta inmenso cambio. Las ideas destellan nuevos resplandores.

Aquella cruz abandonada un dia á la saña de los hombres, se alza ya sobre el trono del César, como símbolo inmortal de amor y redencion.

Al llegar al memorable suceso de la conversion de Constantino, la historia se agiganta y ofrece al espíritu mas anchos horizontes.

La Iglesia escribe las últimas palabras de su sangriento cuanto

gloriosísimo martirologio, y empieza á trazar con sus taladradas manos las inmortales páginas de los apologistas, que van á depositar en las almas la moral y la verdad aprendidas en el Evangelio, como depositan las abejas en las celdillas del panal la sabrosísima miel libada en las embalsamadas flores del campo.





#### IV.

El Cristianismo en las artes y en la familia.—La mujer pagana.—Su rehabilitacion.—Celo de los obispos.—Concilio de Elvira.—Osio.—Carácter y vida de este glorioso Prelado.—Estado de la Iglesia en España despues de la muerte del Obispo de Córdoba.—Poesía cristiana.—Prudencio—Juvenco—Paulino.—Reaccion religiosa.—Juliano.—Ineficacia del neo-paganismo.—Prisciliano.—Doctrinas de este heresiarca.—Su propagacion y desastrosos efectos.—Concilio de Zaragoza.—Energía del episcopado.—Tramas de los priscilianitas.—Corrupcion general en las costumbres.—Decretales pontificias.—Termina la herejía.

**R**OTA la espada de la persecucion, el cristianismo surgió del fondo de las catacumbas como radiante Sol, llevando su benéfica influencia desde las mas íntimas aspiraciones del espíritu, hasta las mas prácticas realidades de la vida. El alma que se habia fatigado inútilmente buscando númen que la levantase á las regiones de la sublimidad, rejuvenecida al calor de las nuevas doctrinas, veia en los horizontes de la moral cristiana el resplandor de la belleza descomponiéndose en múltiples y purísimos tipos, que por medio de lentas pero seguras elocubraciones, iban infundiendo inspiracion vigorosa á las artes, verdad á las ciencias, cultura á las costumbres y santidad al hogar.

x

José Salvador

La civilización pagana después de haber pasado engalanada con todos los atavíos de la fantasía, risueña y sensual, solo alcanzara dejar en pos de sí larga estela de sombras, no compensadas en su fatal y pernicioso influjo por la riqueza de sus artistas que habían henchido sus versos, teñido sus lienzos, modelado sus estatuas, con las ideas recogidas en las florestas manchadas por el incesto, en las olas espumantes de sangre, en el Olimpo hirviente de cólera y báquico delirio á que los Dioses de su teogonía se dedicaban, entregando á la humanidad el infame ejemplo de sus vergonzosas pasiones.

Cierto es, empero, y en lo racional no cabe desconocerlo, que el arte pagano entregó con sus armoniosos templos griegos sostenidos por esbeltas columnatas el ideal de la belleza arquitectónica, con el cincel de Pigmalion y de Fidias reveló los encantos de la pura forma humana, con la estrofa pindárica y el coro sofocleo hizo resonar las secretas notas del alma, y con las doctrinas platónicas y aristotélicas dió alas poderosas á la inteligencia; pero estas maravillas del genio pagano, el Parthenon como la embriagadora estatua de Vénus, la oda olímpica como la tragedia de Edipo, el racionalismo de la Academia, como la lógica peripatética, no levantando el alma mas allá de los límites de la naturaleza, cuyo culto era el único tema de aquellas sublimes inteligencias, florecían sin poder dar al hombre el sentimiento de dignidad que hace de él hermosa imagen de Dios y le muestra el fin de su destino sobre la tierra, en cuyo cumplimiento descansa la armonía social expresión del verdadero progreso y medio único de eterna gloria.

La familia pagana formada por la necesidad, y mantenida por la esclavitud, patentizaba la raquíica vida de aquella civilización. En efecto, allí donde la mujer no se une al hombre con ósculo de amor santificado; allí donde el hijo tiembla ante el padre revestido con el ceño de un tirano; allí donde la madre degradada mira al hijo, primero como una carga y mas tarde como un verdugo; allí donde el hogar no se calienta con las llamas del amor; allí donde los seres ligados por la naturaleza con apretados vínculos, no comulgan en identidad de sentimientos y aspiraciones,

nunca se hallará progreso, ni civilización, ni dicha, porque esto solo es fruto de las virtudes sociales, y las virtudes sociales no son otra cosa que el complemento de los deberes de los individuos, quienes únicamente los aprenden y ante todo los practican con fuerza en el amantísimo seno de la familia.

Y la mujer es el alma de la familia. Estrella del hogar, urna misteriosa donde se encierra bálsamo para las heridas del corazón, lira que vibra con todos los tonos del más puro sentimiento, norte irresistible del hombre, ella, la mujer, nó llorando encerrada en el ginneceo, nó palmoteando en el Circo, ni galanteando en los baños, sinó arrullando el sueño de sus hijos, atizando la lámpara que espera la vuelta de su esposo, suavizando con sus caricias las asperezas de la vida, modela entre sus débiles brazos la sociedad haciendo del amor que solo se miraba como un instinto brutal, una virtud, y de la resignación que se tenía como un martirio, religioso deber.

El cristianismo en su gloriosa aparición, para regenerar socialmente al hombre después de haberle redimido del pecado, empezó por rehabilitar á la mujer. Y ella bajando á llorar y orar en las silenciosas catacumbas, yendo á regar con su sangre el minio del Coliseo, haciendo á la caridad ofrenda de sus galas, rasgando sus velos de púrpura para vendar las heridas de los mártires, practicando con su abnegación y su ternura propaganda viva en favor del Cristianismo, probó cuanto se interesaba su gratitud y su sentimiento por la nueva Religión, y cuan digna era de ceñir la corona que en su frente ponía el Evangelio al santificar el matrimonio haciéndolo sacramento indisoluble (1), uniendo el esposo con la esposa como dos en uno (2), como carne de una misma carne y huesos de unos mismos huesos.

Cuidado preferente de su ministerio fué para los obispos la pureza del matrimonio. Así en España los primeros Concilios

(1) S. Lucas, cap. XVI, v. 18.—I Corintios, cap. VII, v. 4, 10 y 11.—Efesios, cap. V, v. 32.

(2) S. Mateo, cap. XIX, v. 6.—Efesios, cap. V, v. 31.—I. S. Pedro, cap. III, v. 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7.





Emmo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio Moreno,

CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO.

PRIMADO DE LAS ESPAÑAS.

**S**i es de suyo difícil y gravísima tarea, reseñar la vida de aquellos varones que por sus altos merecimientos son objeto de universal admiración y estima, la escabrosidad de la empresa es mayor, cuando entre las prendas más descollantes de aquellos ilustres personajes brilla una modestia enemiga de toda ostentación y aplauso, y la pluma del biógrafo que á tanto se atreve, no puede remontarse con todas las galas del lenguaje, ni acierta á escudriñar, por escasez de inteligencia, la razón de los hechos que historia. Entonces, bajo tan indocta mano, los personajes se achican perdiendo majestad y lustre.

Al trazar las biografías de nuestros virtuosos Prelados sentimos el abrumador peso de la responsabilidad que ello importa, y

convencidos de la flojedad de nuestras fuerzas, mil veces espantados hubiésemos desistido de tan audaz intento á no creerlo justificado en cierto modo por los levantados fines que nos guian.

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, en quien el saber y la piedad viven estrechamente unidos, es el Prelado que por su altísima dignidad en la Iglesia de España, le es debido el primer lugar en esta série. Si en el decurso de la narracion los elogios parecen ardientes y abundantes, no al apasionado entusiasmo de que se nos pueda creer poseidos se atribuya, sino al valor de las esclarecidas prendas del eminente Prelado biografiado que con ellas nos obliga á ofender piadosamente su profunda modestia. Que no es adulacion, sino debido tributo, el aplauso que en la justicia se funda.

En Guatemala, en esa ciudad ceñida de humeantes volcanes donde Cortés clavó la blanca bandera castellana rematada con la cruz de Cristo, nació el Emmo. Sr. Dr. D. Juan Ignacio Moreno Cardenal Arzobispo de Toledo, fruto legítimo del matrimonio del Magistrado D. Miguel Moreno y Moran, con D.<sup>a</sup> Dolores Maiso-nave y Lopez el dia 24 de Noviembre de 1817.

Su alma pura como el espléndido cielo americano que alumbró su cuna, nutrióse de virtudes en el seno de su ilustre y distinguidísima familia, que conociendo cuanta era la aptitud del niño Juan Ignacio para las letras, le destinó al estudio como al mejor camino para que aquella tierna inteligencia en creciente desarrollo alcanzase la realizacion de su destino en la tierra. Aquellas generosas esperanzas avivadas por el cariño paternal no quedaron defraudadas. Trasladado á España el jóven Moreno, ingresó en el Colegio de las Escuelas Pías de Valencia, donde cursó humanidades, pasando despues á Madrid á estudiar Filosofía con los Padres de la Compañía de Jesús, y luego á la Universidad Central, en cuyo claustro, terminados todos los cursos del derecho Civil y Canónico, recibió la borla de Doctor en 9 de Agosto de 1842.

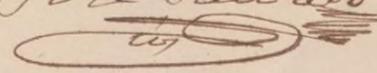
Una conducta inmaculada, una aplicacion laboriosa, un talento penetrante y vasto, y un carácter afable realzado por dotes de sincera piedad y prudencia madura, prendas son, que si cada

una de ellas basta á enaltecer un nombre y rodearle de cariñosas simpatías, cuando en un mismo individuo se adunan y armonizan, atraen la mas franca admiracion y espontáneo respeto. Así fué como el escolar Moreno que en grado máximo de aquellas cualidades estaba dotado, encontró durante sus estudios á compañeros y maestros dispuestos siempre á prodigarle muestras de deferente distincion y aplauso, que él solo como hijos de cordial cariño los recibia y estimaba.

Apenas concluida su carrera universitaria el jóven Doctor fué en 19 de Mayo de 1844, á propuesta de la Junta Directiva de la Audiencia de Madrid, nombrado para desempeñar la Cátedra de Notariado; y con tal acierto ejerció su profesional ministerio, que mereció le fuesen concedidos por Real Decreto de 5 de Agosto de 1847 los honores de Secretario de S. M. como premio á sus brillantes servicios en pró de la enseñanza. En la cátedra como en su bufete de abogado daba cada dia patentes pruebas de cuan profundo conocedor era del derecho, empleando su luminoso talento en defensa de la justicia.

Empero no bastaba á la insaciable sed que por el bien sentia su alma, la práctica de aquellas virtudes que eran como el aroma que se exhalaba de su noble corazon. Enamorado con pasion poderosa del Evangelio, cuya luz habia sido norte inmutable de todos sus actos y pensamientos, quiso renunciar al mundo y al porvenir que ataviado de galas le sonreia, ofrecerse en perpétuo holocausto de amor al Dios que adoraba, y recorrer la senda de la oracion y de la caridad, á cuyo fin, trocando la toga del jurisconsulto por la estola del apóstol, el foro por el púlpito, realizó el bello ideal de toda su vida recibiendo la sagrada orden del presbiterato en Madrid, el dia 1.º de Julio del año 1849.

En este nuevo estado el Sr. Moreno encontró la satisfaccion de los mas purísimos goces empleando todos los momentos de su vida en servicio de la Religion, de la que era fidelísimo ministro. La ejemplaridad de su vida acrisolada, y la grandeza de sus talentos fueron en breve conocidos por el Emmo. Cardenal Alameda y Brea, á la sazón arzobispo de Búrgos, quien con su esquisito tacto y perspícua inteligencia adivinó en el nuevo sa-

*José Salvadó*  


cerdote un gran carácter destinado á ser lustre y apoyo de la Religión; por cuyo motivo le nombró Provisor y Vicario General de su archidiócesis, solicitando de S. M. que se dignase concederle la Real Cédula auxiliatoria; para cuya concesion habiéndose pedido por el Ministro de la Gobernacion informes del Presbítero Moreno al Regente de la Audiencia, este respetabilísimo funcionario los evacuó dando la contestacion que transcribimos, no solo por constituir un honroso timbre para el Sr. Moreno las frases laudatorias en que está concebida, sino porque ella retrata con gran autoridad é irreprochable exactitud el carácter de este Prelado. «*El Presbítero D. Juan Ignacio Moreno, dice el citado informe, se halla felizmente dotado de cuantas cualidades desea el Derecho Canónico y exige el Civil en la Ley 14, tit. 1.º, lib. 2.º de la Novísima Recopilacion de los que han de ejercer la jurisdiccion eclesiástica contenciosa. Es Doctor en Leyes, abogado con práctica en este foro, catedrático de un ramo análogo á esta carrera, y expositor de la misma ciencia en obras elementales que sirven de texto en la enseñanza. Un epítome que todo lo diga en breves y claras razones que ni faltan á la comprension de la rudeza, ni sobran á la del ingenio cultivado, es empresa cuya dificultad solo conoce quien alguna vez se ha probado en este género de trabajos. Sobre todo, es y ha sido Moreno de una vida inmaculada y sin censura; así consta poco mas ó menos de los informes, y á mí me constaba antes que los informes me lo dijeran, y entiendo por tanto, que es acertadísimo el nombramiento que de él hace el M. R. Arzobispo de Búrgos para Provisor y Vicario General de su Diócesis, la que indudablemente administrará en justicia y edificará con ejemplos. Jóven es todavía y nuevo en el sacerdocio, pero le ha cabido en suerte una alma buena, y puede sin peligro ni temeridad escribirse la historia de toda su vida, sesenta años antes de su terminacion. Al evacuar el informe que V. E. se sirve pedirme por Real Orden de 9 del corriente, refiero la verdad pura y sencilla, y solo puede parecer encarecida al que no ha visto retratada la virtud con sus propios colores.*»

En vista pues de este elocuente informe fué espedida al Doctor Moreno en 1.º de Octubre de 1849, la Real cédula auxiliatoria

para el cargo de Provisor y Vicario General del Arzobispado de Burgos. El cumplido desempeño que dió á su cargo acreditó el acierto del Cardenal Alameda y Brea en nombrarle, y la justicia del Regente de la Audiencia de Madrid en hacer de sus cualidades notabilísimo elogio. Y tanto fué así, que habiendo crecido la fama del Dr. Moreno y las simpatías que inspiraba héchose mas vivas, en 8 de Febrero de 1850 fué nombrado por Real Decreto Juez honorario del Tribunal Apostólico y Real de la Gracia del Escusado; mas tarde, en 30 de Abril de 1853, auditor del Supremo de la Rota, y en 10 de Diciembre de 1856, vocal eclesiástico de la Junta General de Beneficencia del Reino.

Querido y respetado de cuantos le conocian, admirado por cuantos habian tenido ocasion de seguir el vuelo de su poderosa inteligencia, probada en los difíciles destinos fiados á su cargo, el ilustre sacerdote que nunca habia buscado en el aplauso sino en la satisfaccion de su conciencia el galardón de sus obras, reunia las dotes constitutivas de un verdadero Prelado que debe ser inquebrantable apoyo del dogma cristiano, celador prudente de las costumbres, y atleta denodado de los derechos de la Iglesia.

Por esto todo el mundo aplaudió la elevacion del Sr. Moreno á la silla episcopal de Oviedo, para cuya dignidad fué presentado por S. M. en 17 de Junio de 1857, preconizado por Su Santidad en el Consistorio celebrado en 25 Setiembre del mismo año, y consagrado en Madrid á los ocho dias del siguiente mes de Diciembre.

En las alturas de su sagrada dignidad no perdió de vista el ilustre Prelado aquella norma de ejemplar virtud que tanto le ennoblecia, antes bien, sintiéndose mas ligado á la Religion, emprendió con todo el fervor de un apóstol la mision árdua que se le habia confiado. Visitas, homilias, pastorales; rasgos de caridad y abnegacion, nada de cuanto podia contribuir al esplendor de la Religion y al bienestar de su diócesis escaseó durante su pastoral gobierno. Y no fué menos notable por su dulzura y bondad en la comunicacion solícita que habia establecido con sus queridos diocesanos, que valiente y firmísimo en la defensa de

los derechos de la Santa Sede y de su Soberanía temporal, en hora triste conculcados.

Corría el año 1860. La impiedad ponía su hacha destructora sobre la sagrada tierra pontificia. Los caballos de los modernos Atilas galopaban hollando con sangriento casco el suelo de los Papas, y más crueles que el bárbaro rey de los hunnos los nuevos invasores, no volvían las grupas de sus caballos para reparar las fronteras después de saludar reverentes al inmortal Pontífice que llorando amargamente pedía en fervorosas preces á los hombres compasión y al cielo ayuda. La mecha de la guerra humeaba sobre los cañones asestados contra el Vaticano. Pio IX se veía encerrado en el círculo de hierro de enemigas bayonetas. A la faz del mundo se consumaba sacrílega usurpación. La diplomacia había hecho resonar su canto engañoso, y Europa atónita y cobarde veía, sin estallar de indignación, hecha pedazos la túnica de Cristo por las espadas de irreverentes soldados.

Ante tan doloroso espectáculo, el Episcopado español encendido en santo celo levantóse á defender al Pontífice despojado, avergonzando con su noble entusiasmo á los Gobiernos de Europa, que apellidándose católicos no tuvieron fuerza ni valor bastante para resistir aquel horrendo sacrilegio. El obispo de Oviedo fué uno de los prelados que más se señalaron por su decisión y fervor en la condenación del desmembramiento de los Estados Pontificios, publicando varios escritos en los que es de aplaudir tanto la elocuencia y el calor del estilo que en ellos centellea, como el profundo conocimiento del derecho y el caudal de pura doctrina católica que en consorcio admirable los avalora. «*Deber es muy grande de nuestro sagrado ministerio clamar ante los cielos y la tierra contra semejante iniquidad*, decía el ilustre Moreno, en su carta Pastoral dada en 8 de abril. Y añadía: «*No podemos guardar silencio sin faltar á Dios y á nuestra propia conciencia..... Esta desmembración es el preludio ó principio por donde se piensa comenzar la ruina de la soberanía temporal del Papa. Empezada la obra, fácil sería llevarla á su término*. Y recordando la célebre carta que el episcopado español había enviado al Sumo Soberano con motivo de los asuntos de Italia, decía: «*Pio IX ha*



